

EL EXTRAÑO MUNDO DE CHERNÓBIL*

*Reportaje originalmente publicado en el Papel Literario del periódico El Nacional, el 11 de octubre de 2015 (http://www.el-nacional.com/papel_literario/extrano-mundo-Chernobyl_0_717528346.html)

Enrique Moya
Fotógrafo.
Director
del Foro Literario
Austria-América Latina.

Fotógrafo: Enrique Moya
moyapost@yahoo.com



Iván y María son dos campesinos que regresaron después de la catástrofe, hace 30 años, y desde entonces viven en la Zona de Exclusión de Chernóbil. Tienen lagunas y huertos a los que le dedican esmerada atención. De cuando en cuando reciben visitas, como la de esta ocasión, que les sirve para repetir su cuento ya legendario una y otra vez.importantes: el primer hombre en el espacio.

Resumen

Todo lo ciertamente relevante sucede en el bucólico pueblito Chernóbil a un nivel invisible, nanométrico, a lo que no es posible tomar fotos. Pero los efectos de ese enemigo impalpable letalmente efectivo, la radiación, están a la vista desde el 26 de abril de 1986. Apuntes y fotografías de un viaje a Chernóbil y a la urbe fantasma de Pripjat, que en su época más gloriosa fue llamada “Ciudad del futuro”.

Palabras Clave: Chernóbil, Pripjat, zona de exclusión, radiación, vida, muerte.

THE STRANGE WORLD OF CHERNOBIL *

Abstract

All that is certainly relevant happens in the bucolic Chernobyl village at an invisible, nanometric level, in which is not possible to take photos. But the effects of that impalpable enemy, lethally effective, the radiation, has been in sight since April 26, 1986. Notes and photographs of a trip to Chernobyl and the ghost town of Pripjat, which in its most glorious time was called “City of the future”.

Keywords: Chernobyl, Pripjat, exclusion zone, radiation, life, death.

1. Iván y María, campesinos evacuados la semana de la catástrofe nuclear de Chernóbil en abril 1986, regresaron poco después. Y en el perímetro interior de la Zona de Exclusión viven desde entonces. Siempre habían vivido aquí. No conocían otros campos más que estos. No tenían otra alternativa que volver.

Iván y María cultivan un huerto; se enorgullecen de los frutos que produce. Iván es fanático de las papas, rábanos, manzanas y demás productos de la tierra. No invita a probarlos porque intuye el espanto de sus visitas. Él sonríe y dice -en broma- que luego de comerlos, se siente rejuvenecido. Su esposa María, al lado, con un palo de escoba como cayado, permanece circunspecta, no dice nada; de cuando en cuando mira de reojo a su marido. El silencio de esta anciana preocupa a cualquiera.

Iván muestra las hortalizas, legumbres y frutas que siembra y luego cosecha. Sólo ellos las consumen porque el producto radiactivo de esta tierra generosa es como el cariño verdadero, ni se compra ni se vende. Detrás del huerto de Iván y María hay una laguna a tope de peces que él pesca y, por supuesto, ambos comen. Al no tener más enemigos naturales que estos dos ancianos, se reproducen y desarrollan en tamaño sin control alguno. Un fruto que crece silvestre, como el mango en el Caribe, es la manzana. Las de Iván son levemente radiactivas. Como no planeo tener más descendencia, me han parecido muy sabrosas.

2. Un soldado ordena levantar la barrera del *Check Point*. Número y rostro de mi pasaporte han coincidido con la lista de autorizaciones que tiene en mano. El extraño mundo de Chernóbil abre sus puertas un día azul y soleado del mes de julio.

No es el único *Check Point* de la travesía: Chernóbil es zona militar dividida en secciones radiactivas. El paso de una sección a otra repite el ritual del pasaporte. Nadie puede penetrar sin autorización el perímetro de exclusión. O nadie puede salir de él si, por imprudencia, ha resultado contaminado de radiación. Las alcabalas militares disponen -llegado el caso- de casetas *Geiger* de paso obligatorio, de aspecto parecido a las de control de metales en aeropuertos. También de duchas y lavadoras especiales donde eliminan -eso dicen- la radiación del cuerpo y la ropa.

Mi primera línea de defensa es un aparato amarillo con el signo de peligro radiactivo -del tamaño y forma de un viejo celular Nokia-: el contador *Geiger* alquilado para la ocasión, dispositivo con idéntica función a los canarios en una mina: alertar de que el nivel de radiación no ponga en peligro la salud o la vida. Los pitidos registran la cantidad de *roentgen/hora* en el ambiente. Se mantiene estable oscilando entre 0.07 y 0.09. Nada para asustarse. Pero hay zonas de Chernóbil en las que el aparato entra en frenético trance. La advertencia es clara: hay que alejarse del lugar sin

dilaciones. En ciertas áreas, cuyos árboles y terrenos continúan bastante contaminados, se dispara hasta 13.70 y puede llegar hasta 24.80 en algunas zonas aledañas al reactor nuclear. Curiosamente, en la puerta principal de la Central Nuclear el *Geiger* apenas se deja oír; pero 10 metros a la derecha señala 3.58. El conocido *Bosque Rojo* es otra historia: pasearse por allí puede resultar en extremo peligroso; fue sensato evitar tan mortífero jardín. Los gatos y perros registran, según mi contador, entre 0.11 y 0.12; las manzanas y duraznos, cerca de 0.13; algunas casas y juguetes abandonados, hasta 0.91. En otros lugares, el contador enmudece automáticamente; un par de pasos después comienza de nuevo el conteo. Los primeros en llegar el día de la catástrofe fueron los bomberos de Pripjat. Los restos de estos hombres, metidos en ataúdes especiales de concreto armado, siguen siendo bombas radiactivas de alto poder. Aún lejos de su sepultura, el *Geiger* pasa de estado alarmante a estremecedor. Mala idea acercarse: de nada les ha servido ser ahora héroes nacionales.

De mi paso por Chernóbil llevo un certificado expedido por las autoridades



El contador geiger registrando la radiactividad de las manzanas a las afueras de Chernóbil: 0.13 siebert.

militares luego del registro *Geiger* de salida: he recibido 0.008 de radiación, una firma ilegible lo confirma... ¿He de tomarme en serio tal diagnóstico si llevo más de 48 horas caminando por un lugar más radiactivo que al anterior? En la Zona de Exclusión no hay espacio totalmente a salvo de la antigua furia del reactor.

3. El *Check Point* más esperado de la travesía da entrada a la ciudad fantasma de Pripjat, en su época más gloriosa llamada *Ciudad del futuro*. A semeja a una Brasilia de vida útil caducada, devorada por un futuro entrópico de naturaleza y anarquía.

Las primeras avenidas y edificaciones revelan los muchos huracanes que han pasado por aquí. Aparte del nuclear, el vandalismo humano se ha aplicado a fondo en saquear o destruir los corotos y propiedades que dejó la gente en su vertiginosa huida de 1986. El otro huracán es de carácter natural: la vegetación ha tomado por asalto esta otrora emblemática localidad soviética. Autopistas que se pierden en la jungla; calles ciegas de matorral; columpios sin algarabías; postes de luz camuflados de abedules; cafés sin café; teatros sin actores; pianos sin Tchaikovsky; colegios vacíos de alumnos; piscinas olímpicas sin atletas... tiovivos y norias oxidadas de tristeza. En el que fuera el correo yacen, al lado de musgo y maleza, miles de postales y cartas que nunca fueron enviadas o recibidas. Testimonios de apegos y cariños que hace tiempo murieron de radiación. Sólo los retratos de Lenin, dispersos por toda Pripjat, parecen haber sobrevivido a la catástrofe nuclear y el posterior derrumbe soviético.

El por qué la vida se reproduce de forma tan tenaz e imparable en los ambientes más inconcebibles y extremos del planeta



La Noria de Pripjat, sin duda la más famosa de todas las norias del mundo, sobreviviendo a la radiación y los elementos naturales. Nunca se llegó a usar.

es un misterio. En este lugar ahora habitan árboles, arbustos, plantas de todo tipo. Miles de manzanos, durazneros, matas similares al cafeto -de sabor amargo, delicia de los insectos-, etc. Los animales silvestres pastan y han hecho de los apartamentos e instalaciones urbanas sus hogares. Los caballos abandonados se han vuelto manadas salvajes y pueden atacar a mordidas en caso de sentirse amenazados. Es frecuente encontrar huellas de lobos, que han hecho de los apartamentos sus nuevas guaridas. Soldados atestiguan haber visto osos que se creían ya extintos. Y millones de hormigas. Para los seres vivos no humanos, las zonas radiactivas de Chernóbil se han convertido en un auténtico paraíso.

4. Chernóbil ha desarrollado su propia mitología. Antes de la caída del bloque soviético, oficialmente ateo, los ciudadanos rusos y ucranianos practicaban en secreto el cristianismo ortodoxo. Así, quienes vieron los primeros rayos de la explosión del reactor -fabulan- murieron incinerados en el acto; de ellos sólo se encontraron las cenizas. Chernóbil no escapó al castigo de

Sodoma y Gomorra: Dios no encontró un solo justo entre tanto comunista.

La radiactividad -afirman otras leyendas- ha hecho crecer los peces de las lagunas y los ríos hasta alcanzar dimensiones mitológicas: bocachicos o cachamas exsoviéticas del tamaño y forma de un kraken. Ciertamente, hay bagres enormes en los ríos de la zona alrededor del reactor nuclear -que enloquecen por el pan-, pero de similares proporciones a los que circulan en los ríos caribeños.

Una parte de quienes se acercan a Pripjat son los fanáticos del *Chernóbil Diaries*, -norteamericanos en su mayoría- que esperan encontrarse con lobos de dos cabezas, gatos con más de siete vidas, hormigas del tamaño de un hámster; papas grandes como calabazas y cebollas más jugosas que un limón. Pero lo más extraño que puede encontrarse es el cadáver de un perro momificado -probablemente por la radiación- en el piso 11 de un edificio abandonado en la ciudad fantasma.

5. Como la mala yerba que crece en toda la Zona de Exclusión, también el turismo ha encontrado un nuevo lugar para florecer. La misma agencia que llevó a un fotoreportero inglés que conocí a mi paso por Tokio en agosto pasado, organizó -a recomendación suya- el viaje que me trajo hasta aquí. Él venía de fotografiar las adyacencias al reactor nuclear de Fukushima para una publicación especializada: desde el accidente japonés, el pueblito de Chernóbil ve en Fukushima una ciudad hermana y sus autoridades han erigido un recordatorio dedicado a la desventura nipona.

En los últimos años estas agencias de turismo han proliferado. Aparte de las dos o tres en Ucrania, hay sucursales en Inglaterra, Alemania y EE.UU. Al no ser científico, militar o empleado de la central, no hay otra opción que contratar estas empresas autorizadas para entrar allí, siempre de la mano de un guía. El viaje en solitario, el *trekking* de riesgo o el *footing* paisajista, están absolutamente prohibidos. Atravesar el perímetro de exclusión militar

sólo es posible con un permiso gestionado con prudente antelación y que puede ser denegado por las autoridades de Kiev. En el último año, debido a la guerra entre separatistas rusos y el ejército ucraniano, los procedimientos de seguridad para entrar se han hecho más cautelosos.

6. El mundo parece ignorar que la Central Nuclear de Chernóbil -su nombre verdadero, V. I. Lenin-, aunque inútil e inservible, sigue y seguirá funcionando probablemente hasta el fin de nuestra civilización sobre la tierra. Ignora, además, que el ser humano continúa aquí, dando la batalla ante un enemigo súper poderoso e invisible: hoy viven en estos territorios un ejército de técnicos, obreros, científicos y militares -más el personal civil que los atiende-, encargados de que el potencial apocalíptico que aún representa esta central no se convierta en otra catástrofe peor que la anterior. También habitan los ingenieros, constructores y obreros del nuevo sarcófago que mantendrá enterrado durante algunas décadas más el letal contenido que yace en

las entrañas del reactor.

En los poblados externos a la Zona de Exclusión se producen, ingieren y comercian entre vecinos alimentos afectados por la radiación. Lo peor de la tragedia para la salud -dicen- ya pasó. La estadística, dependiendo del parámetro que se tome como referencia -científico o político-, arroja resultados contrapuestos. Los políticos se cuidan de las indemnizaciones. Dada la escala inédita del desastre, los científicos no deciden qué modelo de referencia tomar para emitir un veredicto: ¿Nagasaki?, ¿Hiroshima?, ¿las pruebas nucleares francesas en el Pacífico? Está por verse si las generaciones futuras nacen genéticamente intactas. Desde el punto de vista de la salud, lo ocurrido aquí se ha convertido en un enigma.

En el sereno y bucólico pueblito de Chernóbil las calles permanecen vacías. Todo limpio y en su sitio. Los edificios administrativos están bien mantenidos y pintados. También hay colegios y parques bien conservados pero vacíos: la veda a los niños durará al menos 25 mil años. De cuando en cuando militares en traje de camuflaje se dirigen al par de tiendas de venta autorizadas, cuyos artículos -comida, bebidas, etc.- son traídos desde muy lejos.

Todo lo ciertamente relevante sucede en Chernóbil a un nivel invisible, nanométrico, no del todo comprensible para la mente humana. En este lugar, el insólito mundo de la materia reveló una pequeña parte de sus poderosos secretos.



La iconografía política de la URSS permanece intacta en las paredes de escuelas, teatros y hospitales. Lenin es un habitante privilegiado; sus fotos y citas están en todas partes, con la misma mirada de los tiempos de la Revolución de Octubre a principios de siglo XX. En este póster puede leerse una de sus sentencias: "Para librar una guerra no se necesita propaganda, gritos de guerra, ni llanto. Solo hace falta instrucción, mucha disciplina y el apoyo del pueblo".

Portada y fotografías de la Exposición
ACH: Ciudad de Pripjat, Chernobil
© Enrique Moya, 2015

Curaduría: Sara Maneiro
Museografía: Gabriel Arria
pp.8-19.